

Sobre el concepto de Guerra en el mundo actual: breve ensayo introductorio

Sara Sangoi, Politóloga
Universidad de Bologna
Bologna, Italia¹

RESUMEN

Este artículo hace un aporte a la discusión contemporánea sobre el concepto de guerra que tantas veces se invoca pero que pocas veces se aclara y se profundiza. Con base en contextos altamente influenciados por los medios de comunicación y desde la formación de la autora en ciencias sociales, jurídicas y políticas, se plantean algunas inferencias en torno a lo que sucede con la guerra en el nuevo orden mundial.

PALABRAS CLAVES: Guerra, Información, Orden Mundial, Enemigo, Estado.

ABSTRACT

This article makes a contribution to the contemporary discussion about the concept of war which is invoked many times but not very often is it clarified. On the basis of the highly influenced mass media contexts, and from the author's social, legal and political sciences formation, the article introduces some inferences to show the implications of war in the new worldwide order.

KEYWORDS: War, Information, Worldwide order, Enemy, State.

«Para las grandes democracias como la de los Estados Unidos, la guerra no es la primera opción. Pero si hay guerra, será sin duda por una causa justa»

George W. Bush
Presidente de los Estados Unidos
Declaración oficial del 1 de julio de 2002

Cuando comencé a preguntarme sobre la *guerra*, lo primero que pensé fue en encontrar algún hilo conductor entre los diferentes casos que he estudiado en países en conflicto como el Líbano, Uganda y Colombia. Seguidamente me vi interpelada por la necesidad de ahondar en las consecuencias de la puesta en escena y dinámica de la guerra como son, la destrucción, los actores sociales y colectivos y las

víctimas. Así, el epigrafe de este breve ensayo da cuenta de la intencionalidad del análisis.

Hablar de democracia en concordancia con la guerra y justificar ésta con principios de la primera, parece ya un camino desafortunado. Pero el asunto no termina allí, la alusión a las palabras del presidente Bush al dejar sentado que no hace referencia a cualquier democracia, sino a las «Grandes», parece buscar de entrada, situar a ciertas hegemonías en el plano de superioridad que justifique sus principios y alcances. Pero es pertinente preguntarnos entonces, si la *salvación* por la que propenden esas «Grandes Democracias», ¿sólo busca el bien común que desde su óptica debe dar al Planeta? o ¿si definen también lo económico, cultural, demográfico y político? O, peor aún, ¿intervienen la homogenización de la *civilidad occidental*?

Adaptación al español por Béatriz Nates Cruz, antropóloga,
Universidad de Caldas, Colombia.

La importancia del cuestionamiento que se infiere de tal apuesta, radica en su fuerza política y su concepción del *bien infinito* desde una sola posibilidad de concepción. Entrar en correlación guerra y justicia, nos debe interrogar entonces, sobre cuál es la dinámica que se busca para hacer viable de forma práctica, el uso de estos dos conceptos y que no terminen en la simple aseveración de que el fin justifica los medios.

Cuando he leído la frase «guerra justa» que debería, según la voluntad de un país de corte Occidental y que forma parte de la llamada Comunidad Internacional, incluir a todas las «fuerzas occidentales» y «democráticas», que son las mismas que se dice enseñan la paz y la tolerancia al mundo, la primera impresión que surge es la de haber vuelto al tiempo de las cruzadas teológico-cristianas de los siglos XII y XIII.

A pesar de que con la creación de los Estados nacionales empezó a secularizarse el concepto de conflicto, distinguiéndose de las motivaciones religiosas así como de las guerras civiles interiores al territorio estatal, la impresión de continuar en este mundo de los citados siglos es más que visual o sensible; es la muestra correlacional de no haber terminado aún con los principios que movían la cosmovisión occidental en la Edad Media, con sus luchas según principios morales e iluminantes que eran excluyentes de plano con otras formas de justicias, y con otras moralidades, que por lo menos consideradas en su existencia, podrían alivianar o brindar puntos de encuentros o desencuentros con conocimiento efectivo de lo que sucede no sólo desde donde se imparte el ataque que lleva a la guerra, sino también, desde quienes son los receptores o combatientes de la guerra misma. Podemos decir aquí que la sobredimensionalidad del «enemigo» en una guerra, comienza por la imagen perversa que intenta mostrar la justificación de los ataques hacia otros sectores no implicados.

Durante los siglos XVI y XVIII, la palabra «guerra» remitía a la relación entre ordenamientos específicos organizados en el espacio y concretados materialmente (SCHMITT 1991: 179). El «Conflicto» llevado a la guerra fue una situación entre instancias jurídicamente iguales - los Estados - fundada en el

principio de la soberanía territorial de las partes. Para esas épocas se volvía válido hablar de la justicia o no de que se llevase a cabo una guerra. Teóricos como Baltasar Ayala, Alberico Gentile, Ugo Grocio, Richard Zouch, Vattel y Kant entre otros (SCHMITT 1991: 179-206), se remiten en sus obras a la cuestión del concepto de «guerra justa», puesto que se suponía que si los Estados Nacionales decidían llevar un conflicto a la guerra, era porque mediaba una causa justa, y éste era el principio legítimo de partida.

En la actualidad, tal principio carece de legitimidad por cuanto, es bajo la sustentación de discursos como el citado en el frase de entrada a este artículo, lo que da la legitimidad; es decir, es una sola postura donde el concepto de hacer el bien se sitúa como la razón suprema desde una de las partes, que sin poner en claro -porque políticamente no es pertinente- la conversión de conflicto en guerra, hacen creer que en nombre de la democracia pueden sustentar que hay guerras más o menos «justas» sin definir, de otro lado, los parámetros que explican la «justicia» o la «injusticia» la de incursión arbitraria.

Otro concepto que es preciso aclarar cuando se habla de guerra, de justicia y de democracia, es aquél de «enemigo justo» el cual se introdujo durante el tiempo en que la «ley» de los Estados nacionales era el principio de actuación política, entendiendo entonces al «enemigo justo» como el sujeto en el que se reconocían las mismas características institucionales. De esta manera, si la precisa definición de las partes en conflicto como titulares de un poder efectivo permitía el ejercicio del «*bellum justum*», diferenciando de manera estructural la guerra interestatal, de la guerra civil y de religión, también el enemigo podía ser diferenciado del criminal, el cual debería eliminarse. Contrario al criminal, el enemigo no fue algo para destruir o para aniquilar; era el adversario, el contrincante y no un absoluto negativo: «*aliud est hostis, aliud rebellis*»¹ (SCHMITT 1991: 202).

Por el contrario, en la actualidad ya no hay «enemigos» contra quien luchar con las mismas armas; hay solamente criminales por fuera del «juego

¹ «Una cosa es el enemigo y otra muy distinta es el rebelde».

interestatal». No existen lo que se conocía como el «*justus hostis*», de hecho en el balance que se puede hacer de las llamadas potencias occidentales, sólo entran en la guerra el criminal y el justo, el criminal a quien se diaboliza y se debe exterminar, y el justo, el salvador. Esa parece la tendencia de los tiempos que corren, confundiendo al máximo guerra, conflicto y terror según la conveniencia política y económica,

Pero la cuestión no es solamente una intencional confusión conceptual entre guerra, justicia, enemigo y criminal; a la par de ese *cambio* o, mejor, confusión también han variado los medios de lucha. En el tiempo de las guerras *territoriales*, se encontraban características de fuerte relación entre el poder, la fuerza de guerra y la población. Este tipo de guerra tenía en la mayor parte de los casos fines de ocupación, por lo que conllevaba finalmente una significativa protección y un nuevo orden para las tierras de la nueva conquista (SCHMITT 1999: 410-428). Posteriormente la situación varió de manera sustancial con las guerras *marítimas*, de hecho, sus fines económicos llevaban frecuentemente a «bloquear» al otro combatido.

Pero lo que en definitiva cambió radicalmente los medios de lucha y puso todo en el plano de poderío económico fue el combate aéreo. Este tipo de medios bélicos hacen que se haya perdido el control de la guerra en sí, esto es, que no sean partes definidas y desde espacios definidos desde donde se pueda controlar en igualdad de condiciones el ataque y el devenir de la guerra. Desapareció con esta nueva forma de incursión la conexión entre el poder que adoptara la fuerza y la población herida por esta misma fuerza, eliminando de plano la relación entre los beligerantes y el territorio. Esto ha traído como consecuencia que en nuestra época haya entonces medios de anulación que, junto a la extirpación del «teatro de guerra», llevan a una discriminación jurídica y moral de las partes en combate.

Así, quien sea «inferior» en capacidad armamentista entrará a la guerra como un «*bellum intestinum*»² (SCHMITT 1991: 430); mientras que quien es «superior» encontrará una prueba de su «justa causa» volviendo «criminal» al enemigo.

En consecuencia, hoy y en la medida en que la guerra parece determinarse como obra de «policía» en contra de «perturbadores de la paz, criminales y elementos perjudiciales», la necesidad de justificar frente a las poblaciones y Comunidad Internacional el empleo de medios materiales, simbólicos y discursivos de eliminación absoluta, han llevado al uso de otros elementos como armas: los medios de comunicación.

«Cualquier utensilio puede transformarse en arma, si se sabe como manejarlo»

Ani DiFranco

(HARDT y NEGRI 2002)

De hecho, los medios de comunicación de masa son un nuevo instrumento de difusión de la lucha, de la discriminación y de la intolerancia: los conceptos de «guerra justa», «criminales» y hasta el mismo neologismo de «terrorismo», son empleados para justificar la diabolización de un enemigo incómodo, y así permitirse cualquier intromisión a través de estos medios simbólicos y discursivos que vuelven poderosos a quienes, por diversas conveniencias, deciden o deben apoyar lo que se transmite.

La guerra de la «causa justa» emplea el instrumento mediático como máxima arma de intolerancia, de sentimentalismo y sensacionalismo, para llegar a la población, que se asume desde estos medios como «masa mundial» y convencerla de la «bondad» de sus gobiernos. En este caso, los medios de comunicación se convierten en *armas* para que los pueblos justifiquen a sus gobernantes en sus *acciones sin ecuanimidad* de demostración de poder.

El imaginario colectivo está en nuestras épocas saturado por símbolos mediáticos que, por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial, han introducido otro tipo de conflicto en pro de la guerra como ámbito de captar mejor mercado: las imágenes que llegan a cada casa, recicladas según intencionalidades ya elaboradas para afectar a favor o en contra de quien se pretenda favorecer; es por ello que la opinión pública no existe en estos contextos.

² «Guerra impropia».

Términos como «terrorismo», «Islam», «fundamentalismo», «extremismo» «narcoterrorismo» son usados en muchos casos de forma indistinta sin que haya la menor intencionalidad de explicar el sentido real, envolviéndolos en una nebulosa que genera la *fente única* de toda angustia social, como medio que *una* a los pueblos llamados civilizados en la victimización de masa. ¿Qué sorpresa sería llegar a los pueblos o sectores victimizados y encontrar que aquellos hombres de quienes tanto tememos, son seres humanos con nuestros mismos miedos y angustias?

Los medios de comunicación que bien me atrevería ya a llamar *Medios de Victimización de Masa* tienen entonces un medio efectivo para nombrar la intolerancia, la violencia, o la venganza, usando un prototipo simbólico que en movimiento de segundos, de cuenta de un enemigo, el cual deviene por medio de la imagen, un *criminal universal*. Imágenes como por ejemplo aquella del perro que llora sobre el cadáver de un héroe bombero (AA. VV. 2002 : 40) induciendo a pensar en un dolor colectivo y una extrañeza de aquel criminal universal, se pasearon por todo el mundo a través de los distintos canales de televisión que a su manera fueron traducidos en muchos idiomas después de aquél 11 de septiembre de 2001. Pero en ningún momento se escuchaba, al menos en los idiomas más universalizados de dichas cadenas de televisión, la pregunta sobre el por qué aquello había sucedido, y cuál había sido el decantador de dichas acciones. La idea era clara: presentar al enemigo vuelto asesino y criminal fuera de toda lógica humana, que actuaba movido por su *mente exótica* que no le permitía entender la naturaleza de un nuevo orden mundial, que en nombre de la justicia y la democracia puede arrasarse con la diferencia, sin que medie una explicación ni instrumental y menos aún conceptual (entiéndase política). Los medios de comunicación de masa, que en sus orígenes emergieron de la premisa de *la narración objetiva*, son ahora emoción sensacional, sin explicación lógica.

Toda la población que sigue pagando con su sangre los daños de estas «cruzadas», es también víctima de armas extraordinarias y engañosas. Víctimas de símbolos e imágenes que pueden convencer de entrar en una «guerra justa», del «bien» contra el «mal», *digna de ser combatida*. Las guerras de hoy parecen más una forma de control imperial, donde la función bélica sigue siendo una función de policía, para que el sistema se mantenga sustentando el juego de poder de las entidades existentes. La «guerra» es actualmente un estado de conflicto permanente, sin fronteras, ni vencimientos territoriales; sin control por el derecho internacional.

Concluyendo podemos decir que del conflicto llevado a cabo por los regímenes disciplinarios hacia los individuos, como fue aquél del Capitalismo Clásico, se ha pasado a la guerra por el control sobre las poblaciones que nos incluye a todos: europeos y habitantes del Mundo Árabe; africanos e hindúes; latinoamericanos y chinos; norteamericanos y japoneses. No podemos seguir confundiendo el «Primer Mundo» de los Estados con el «Primer Mundo» de la Población, de los movimientos de mestizaje, de hibridación, producto de todas las sustancias de interconexión de realidades existentes.

La guerra más grande, la que incluye el mundo interno, no existe solo para los colombianos, los ugandeses, los libaneses: es la guerra de los Estados nacionales sobre las poblaciones para mantener el poder que les fue atribuido, y que sienten cerca de perder en el cambio generacional que proponen organismos sobre-nacionales; son demostraciones liminales de odios sin resolver e intolerancias enderezadas en contra de estos mismos *elementos estatales*.

Bibliografía

AA.VV. 2002. «Semana del 11/septiembre: un año después», EN: *Revista semanal Internacional*, Roma.

AA. VV. 1999. «¿La última cruzada? Razones y culpas de una guerra justa». En: libros de «RESET». Milano, Reset srl.

AA.VV. 1986. «¿Conclusión de la política?». En: libros de «Universal de las Ciencias Sociales». Editori Riuniti, Roma.

AA.VV. 2001. «Israel- Palestina; La tierra estrecha». En: revista italiana de geopolítica «LIMES». Gruppo editoriale l'Espresso, Roma.

DAHRENDORF, Ralf. 2001. *Después de la democracia*. Laterza, Bari.

HARDT, Michael y NEGRI, Antonio. 2002. *Imperio – El nuevo orden de la globalización*. Rizzoli Milano.

KANT, Immanuel. 1985. *Para la paz perpetua*. Editori Riuniti, Roma.

NEGRI; Tony y ZOLO, Danilo. 2002. «¿Globalizados de todo el mundo elijan: Kant o Foucault?». En: RESET, Milano, Septiembre-October, No. 75, pp. 7-19.

POGGI, Gianfranco. 1992. *El Estado- Natura, Desarrollo, Perspectivas*. Il Mulino, Bologna.

SCHMITT, Carl. 1991. *EL nomos de la Tierra*. Adelphi, Milano.